

EL FARO

LOS MILAGROS DE LA PRISIÓN



SERVICIOS DEVOCIONALES

MARTES – JUEVES – DOMINGOS
7:00 PM 7:00 PM 10:00 AM



Editorial

Dios le dio al hombre un huerto, un lugar de extraordinaria belleza y delicia, donde podía satisfacer todas sus necesidades; el Señor dijo al hombre que podía comer de todo árbol del huerto, pero del árbol del bien y del mal no comería, porque el día que de él comiera ciertamente moriría (Génesis 2:16,17). Como sabemos el hombre no obedeció la instrucción que le había sido dada y se reveló contra Dios. Luego de esto, el Señor dijo a la mujer: En gran manera multiplicaré tu dolor en el parto, con dolor darás a luz los hijos; y con todo, tu deseo será para tu marido y él tendrá dominio sobre ti. También dijo a Adán: maldita será la tierra por tu causa; con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y abrojos te producirá y comerás de las plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás. Dios echó al hombre del huerto para que labrara la tierra de la cual fue tomado y tanto la tierra, como su propio cuerpo, se convirtieron en una prisión en la que debía purgar su pena.

Esta situación se dio también con los ángeles, cuando rechazaron y abandonaron el lugar de honor, que Dios les había dado y por eso, los guardó en prisiones eternas bajo tinieblas, para el juicio del gran día (Génesis 6:1-4; 2 Pedro 2:4; Judas 6). Es por esta razón que el Padre envió a Cristo a la tierra y como nosotros somos seres de carne y hueso, también a Jesús, le hizo un cuerpo como el de nosotros, para morir y vencer al diablo, quien tenía el poder para matar a hombres y mujeres por medio del pecado (Romanos 3:23). Con su muerte, Jesús dio libertad a los que se pasaban la vida con miedo a la muerte. Jesús no vino para ayudar a los ángeles, sino a los herederos de Abraham (Hebreos 2:14-16). Esto mismo fue lo que vio el profeta Isaías cuando dijo: El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha ungido el Señor para traer buenas nuevas a los afligidos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros (Isaías 61:1). Jesús fue enviado al mundo para liberarnos de la muerte como dice la Palabra: Porque la paga del pecado es muerte,

pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 6:23). El apóstol Juan dijo de la venida de Jesús: A lo suyo vino y los suyos no le recibieron (Juan 1:11). De la misma forma actuaron los hebreos con Moisés, cuando el Señor lo comisionó para ser el libertador de Israel; Esteban, antes de morir testificó diciendo: Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios y era un hombre poderoso en palabras y en hechos. Pero cuando iba a cumplir la edad de cuarenta años, sintió en su corazón el deseo de visitar a sus hermanos, los hijos de Israel. Y al ver que uno de ellos era tratado injustamente, lo defendió y vengó al oprimido matando al egipcio. Pensaba que sus hermanos entendían que Dios les estaba dando libertad por medio de él, pero ellos no entendieron (Hechos 7:22-25). Posteriormente el Señor dijo a Moisés: Un profeta como tú levantaré de entre sus hermanos y pondré mis palabras en su boca y él les hablará todo lo que yo le mande. Y sucederá que a cualquiera que no oiga mis palabras que él ha de hablar en mi nombre, yo mismo le pediré cuenta (Deuteronomio 18:17-19).

Juan en su evangelio declara estas palabras: Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo aquel que cree, tenga en Él vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, mas tenga vida eterna (Juan 3:14-16); de tal manera que el Señor Jesucristo vino a la tierra para sacarnos de la prisión en que nos encontrábamos, según nos recuerdan las palabras del apóstol Pablo: Mientras vosotros estabais muertos en los delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, Dios os dio vida juntamente con él, perdonándonos todos los delitos. Él anuló el acta que había contra nosotros, que por sus decretos nos era contraria y la ha quitado de en medio al clavarla en Su cruz (Colosenses 2:13,14). En esta oportunidad veremos con detenimiento, los milagros que se dieron en las prisiones por las que pasaron algunos hombres a los que el Señor liberó con su gran poder. Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (2Corintios 3:17).



Director General

Profeta Pedro Legrand

Portada y Edición

Profeta Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Redacción y corrección de estilo

Profeta Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Jorge Vasquez

Redactores del ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com

Si esta revista te ha bendecido

Puedes enviar tu colaboración

al No. de cuenta: 02-0018258-6

A nombre de: Iglesia Luz de las Naciones

Banco: G&T Continental



JOSÉ EN LA CÁRCEL

Habitaba en la tierra de Canaán un hombre llamado Jacob, él era padre de doce hijos entre ellos José. José llevaba a su padre el informe sobre las actividades de sus hermanos, pues apacentaba el rebaño con ellos. Israel, llamado así por el Señor en el vado de Jaboc, amaba a José más que a todos sus hijos, pues era el hijo de su vejez y le hizo una túnica de muchos colores. Los hermanos de José lo odiaban y no podían hablarle amistosamente, pues vieron que su padre lo amaba más que a ellos. Un día José tuvo un sueño y se lo contó a sus hermanos y dijo: He aquí, estábamos atando gavillas en medio del campo y he aquí que mi gavilla se levantó y se puso derecha y entonces vuestras gavillas se ponían alrededor y se inclinaban hacia mi gavilla. Y sus hermanos le dijeron: ¿Acaso reinarás sobre nosotros? O ¿acaso te enseñorearás sobre nosotros? Entonces ellos odiaron aún más a José. Nuevamente tuvo otro sueño donde el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante él; se lo contó a su padre y a sus hermanos, pero su padre lo regañó y le dijo: ¿Qué es este sueño que has tenido? ¿Acaso yo, tu madre y tus hermanos vendremos a inclinarnos hasta el suelo ante ti? Y sus hermanos tenían celos de José, más su padre trataba de comprender lo que él había dicho (Génesis 37:1-11).

Como podemos ver el amor que Jacob daba a José y los sueños que él había tenido, provocaron una mala relación entre hermanos, esta contienda entre ellos, hizo que un día cuando Jacob había mandado a José a ver a sus hermanos, ellos consideraron matarlo. Cuando José se acercó a sus hermanos, ellos le quitaron la túnica de colores que su padre le había dado y por consejo de Rubén, el primogénito, lo echaron en un pozo vacío; mientras decidían que hacer, pasaron por ahí unos mercaderes madianitas, entonces los hermanos de José, lo sacaron del pozo y lo vendieron por veinte piezas de plata; los mercaderes entonces llevaron a José a Egipto. Sus hermanos mataron un cabrito y con esa sangre mancharon la túnica de José y se la llevaron a su padre, quien al ver la túnica de su amado hijo, rasgó sus vestidos y se puso en cilicio muchos días. José fue llevado a Egipto y fue comprado por Potifar él oficial de Faraón, capitán de la guardia (Génesis 37:12-36). José fue metido por sus hermanos en una prisión de aflicción a causa de la envidia por el amor preferente de su padre; al caer en el pozo, José fue cautivo de la angustia, sin embargo, el Señor estaba con él y cada una de las cosas que le habrían de suceder lo llevarían al cumplimiento de su propósito, Dios se convirtió para él en su

refugio y fortaleza, su pronto auxilio en las tribulaciones (Salmo 46:1). Estando en la casa del oficial del Faraón, la mujer de Potifar deseaba a José pues era apuesto y de buen parecer. Un día José entró a la casa para hacer su trabajo, pero no había nadie adentro, por eso la mujer de Potifar aprovechó y lo tomó de su ropa insistiendo que se acostara con ella y José huyó desnudo; cuando el egipcio llegó a su casa, ella le dijo que José quería abusar de ella, entonces Potifar se enojó y lo metió a la cárcel (Génesis 39:1-20). Esto nos enseña que el enemigo tiende trampas muy sutiles, pero como José debemos tener ejercitados los sentidos espirituales, para poder discernir y resistir las artimañas del enemigo y así el huirá de nosotros (Hebreos 5:14; Santiago 4:7). Ya puesto en la cárcel, José comenzó a darse a conocer y halló gracia delante del jefe de la prisión y él lo estableció como administrador de la prisión y de todo lo que estaba allí. Tiempo después llevaron a al coopero y al panadero de Faraón a la cárcel. Un día ellos tuvieron un sueño y no encontraron a nadie que lo pudiera interpretar. Al enterarse José de lo sucedido, les propuso que se lo contaran y con la ayuda de Dios daría la interpretación.

El coopero le dijo: En mi sueño, había una vid delante de mí y en la vid había tres sarmientos. Y al brotar sus yemas, aparecieron las flores, sus racimos produjeron uvas maduras y la copa de Faraón estaba en mi mano; así que tomé las uvas y las exprimí en la copa de Faraón y puse la copa en su mano; entonces José le dio la interpretación y le dijo: Dentro de tres días Faraón levantará tu cabeza, te restaurará a tu puesto y tú pondrás la copa de Faraón en su mano como acostumbrabas antes cuando eras su coopero. Sólo te pido que te acuerdes de mí cuando te vaya bien y te ruego que me hagas el favor de hacer mención de mí a Faraón y me saques de esta casa; entonces el panadero también le contó su sueño y dijo: he aquí, había tres cestas de pan blanco sobre mi cabeza y sobre la cesta de encima había toda clase de manjares hechos por un panadero para Faraón y las aves los comían de la cesta sobre mi cabeza; José le dio la interpretación diciendo: Las tres cestas son tres días; dentro de tres días Faraón te quitará la cabeza, te colgará en un árbol y las aves comerán tu carne. Al tercer día fue el cumpleaños de Faraón, quien mando a sacar al coopero y le devolvió su cargo, pero ahorcó al jefe de los panaderos y fue como dijo José, pero el coopero se olvidó de él (Génesis Cap.40). Como podemos ver, José interpretó los sueños de aquellos hombres, pues el Señor estaba con él y lo respaldó por medio del don que le había dado, como dice la Palabra: Porque el don del hombre le ensancha el camino y le lleva delante de los grandes (OSO Proverbios

18:16). Dos años después Faraón tuvo un sueño, en el que vio siete vacas gordas, que pastaban en la orilla del río Nilo y luego surgieron siete vacas flacas que devoraron a las vacas gordas, después volvió a soñar y vio siete espigas llenas y buenas, pero siete espigas secas devoraron a las espigas llenas. En la mañana siguiente Faraón, mandó a llamar a sus sabios, pero nadie lo pudo interpretar; entonces el jefe de los cooperos habló con Faraón acerca de José y de cómo había interpretado los sueños; por lo que el rey mandó a llamarlo. Cuando José estuvo delante de Faraón, el rey contó los sueños y José los interpretó: Vendrán siete años de abundancia y luego siete años de sequía sobre toda la tierra de Egipto y el hambre asolará toda la tierra. José habló a Faraón para aconsejarle, que guardara parte del grano durante los siete años de abundancia, para que hubiera comida durante los siete años de sequía. El consejo le pareció bien a Faraón y decidió poner a José sobre todo Egipto, excepto al rey en el trono. Durante los años de sequía Jacob mandó a diez de sus hijos a comprar grano a Egipto y se presentaron delante de José. Después de haberse encontrado con sus hermanos, se manifestó a ellos dándose a conocer y les dijo: Ahora pues, no os entristezcáis ni os pese el haberme vendido aquí; pues para preservar vidas me envió Dios delante de vosotros.

Porque en estos dos años ha habido hambre en la tierra y todavía quedan otros cinco años en los cuales no habrá ni siembra ni siega. Y Dios me envió delante de vosotros para preservaros un remanente en la tierra y para guardaros con vida mediante una gran liberación. Ahora pues, no fuisteis vosotros los que me enviasteis aquí, sino Dios; y Él me ha puesto por padre de Faraón y señor de toda su casa y gobernador sobre toda la tierra de Egipto (Génesis 45:5-8). La vida de José ciertamente fue muy dura, cada una de las situaciones por las que pasó, lo llevaron al cumplimiento del propósito del Señor y al cumplimiento de su destino, pero cabe resaltar que José no solamente estuvo en una cárcel natural, sino también espiritual, la falta de perdón que había en su corazón, se había convertido en una cárcel, la Biblia nos dice: Porque si perdonáis a los hombres sus transgresiones, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros (Mateo 6:14). José es una figura del Señor Jesucristo, quien fue enviado a esta tierra a morir por la humanidad para que fuéramos libres del pecado y de la muerte, cuando resucitó nos dio vida eterna (colosenses 3:13). El Señor dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23:34).

JUAN EL BAUTISTA EN LA CÁRCEL

En el principio de la creación el Señor estableció orden en todas las cosas y dictó sus preceptos; dentro de los preceptos dados a Adán, el Señor dijo: De todo árbol del huerto podrás comer, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás (Génesis 2:16-17). En el huerto del Edén se encontraba la serpiente y esta era la más astuta de todos los animales creados por Dios. Este reptil se acercó a la mujer e introdujo en su corazón incertidumbre en contra de la palabra de Dios, lo que dio como consecuencia que el hombre y su mujer fueran expulsados del huerto, pues comieron del fruto que se les había prohibido. Incertidumbre, es la palabra griega *G83* adelótes: incertidumbre, incierto, incierta; esta palabra la podemos interpretar como incredulidad, lo cual es la falta de fe y sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6). Adán y Eva fueron juzgados por Dios por su incredulidad, pues creyeron más a la serpiente que al Señor y este fue el veredicto; la tierra fue maldecida, con trabajo y sudor del rostro comerían el pan, espinos y abrojos le produciría y los dolores de la mujer serían aumentados (Génesis 3:17-19).

Esto nos muestra que la humanidad fue condenada por su delito y fueron expulsados de la gloria de Dios (Romanos 3:23), por decirlo de alguna manera, el hombre fue colocado en la cárcel tierra para pagar por su crimen en contra del Señor, es por esto que el Señor comenzó a trazar para la humanidad un plan de salvación. Escogió a hombres como Noé, perfecto en sus generaciones (Génesis 6:9), a quien el Señor pidió que construyera un arca, en la cual pondría a su familia y algunos animales; Noé creyó y puso en marcha el plan del Señor y fue limpia la tierra de la maldad del hombre, por medio del diluvio. Pero los hombres seguían tentando al Señor y no se arrepentían de su mal proceder, como describe la Escritura: Pues, aunque conocían a Dios, no le honraron como a Dios ni le dieron gracias... Profesando ser sabios, se volvieron necios y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen en forma de hombre corruptible... (Romanos 1:21-23), en Babel, los hombres quisieron hacerse de un nombre famoso, olvidándose de su Señor y creador, por esto el Señor los confundió y como consecuencia, fueron dispersos por toda la faz de la tierra (Génesis cap.11). De la tierra de Ur, escogió a Abraham, el padre de la fe, el creyó en el Señor y Él se lo contó por justicia y fue llamado amigo de Dios (Génesis 15:6; Gála-

tas 3:6; Santiago 2:21-23). A él, el Señor le dio una promesa, que dicta así: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra (Génesis 28:14). Ahora bien, las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. No dice: y a las descendencias, como refiriéndose a muchas, sino más bien a una: y a tu descendencia, es decir, Cristo (Gálatas 3:16). Tremenda palabra la que el Señor había hablado a Abraham, pero para que Cristo viniera era necesario preparar el camino. Dice la Biblia que Dios, habló desde hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los patriarcas por los profetas, para que el pueblo entendiera que vendría, el que habría de ser el salvador del mundo (Hebreos 1:1-2). Entre estas profecías podemos mencionar las siguientes; Moisés, es el primer profeta que habla de Él y dice: Un profeta de en medio de ti... como yo, levantará el Señor... a él oiréis (Deuteronomio 18:15). El profeta Miqueas dice: Pero tú, Belén Efrata, aunque eres pequeña entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que ha de ser gobernante en Israel. Y sus orígenes son desde tiempos antiguos, desde los días de la eternidad (Miqueas 5:2). El profeta Isaías dice: Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado y la soberanía reposará sobre sus hombros; y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz (Isaías 9:6).

Y agrega: Una voz clama, preparad en el desierto camino al Señor... Entonces será revelada la gloria del Señor y toda carne a una la verá... (Isaías 40:3-5); y así podríamos mencionar más, pero nos detendremos en esta última, la voz que clama en el desierto. En aquellos días llegó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Porque este es aquel a quien se refirió el profeta Isaías... muchos venían a él, confesaban sus pecados y eran bautizados para arrepentimiento (Mateo 3:1-6; Isaías 40:3-5), Juan fue enviado por Dios para dar testimonio del Mesías, pues el dijo: ...el que me envió a bautizar en agua me dijo: Aquel sobre quien veas al Espíritu descender y posarse sobre Él, éste es el que bautiza en el Espíritu Santo (Juan 1:33). Y de Jesús, él dice: He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un hombre que es antes de mí porque era primero que yo. Y yo no le conocía, pero

para que Él fuera manifestado a Israel, por esto yo vine bautizando en agua; dio también testimonio, diciendo: He visto al Espíritu que descendía del cielo como paloma y se posó sobre Él (Jesús). Después del bautizo de Jesús al día siguiente, dos de los discípulos de Juan estando con él, vieron que Jesús pasaba y Juan dijo: He ahí el Cordero de Dios, ellos inmediatamente se levantaron, fueron tras Jesús y se quedaron con Él (Juan 1:29-39). Después de esto el Señor comenzó su ministerio e hizo grandes maravillas y prodigios en muchas partes de aquella región; Juan por su parte siguió predicando y bautizando a la gente que venía a él. Una de las cosas negativas que podemos mencionar de Juan el Bautista es que, aun conociendo al Señor y su ministerio, no fue y le siguió, sino que siguió por su cuenta, la consecuencia de esto la vemos reflejada más adelante en la vida de Juan. En aquel tiempo reinaba Herodes el tetrarca y mandó a apresar a Juan; estando él en la cárcel, envió a sus discípulos a preguntar a Jesús y al llegar donde Él se encontraba dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, diciendo: ¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?

En esa misma hora Jesús curó a muchos de enfermedades, aflicciones, malos espíritus y a muchos ciegos les dio la vista. Y Él les dijo: vayan y cuenten a Juan lo que han visto y oído: los ciegos reciben la vista, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres se les anuncia el evangelio. Y bienaventurado es el que no se escandaliza de Mí (Lucas 7:16-23). El Señor conocía la situación de Juan y aun viendo su incredulidad, Él no contestó de manera hiriente, sino que mostró su poder a los que fueron enviados, para convertirlos en testigos de su gloria, cosa que Juan no pudo experimentar por apartarse y no seguirle, esto ocasionó que su corazón se enfriara y llegara a dudar del testimonio del Señor Jesús; Juan tuvo más temor de Herodes quien deseaba su muerte, que temor de Jesucristo su salvador, es por esto que la Biblia nos dice: Más bien, golpeo mi cuerpo y lo domino, no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo quede descalificado (1 Corintios 9:27 NVI) y agrega: No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno (Mateo 10:28 NVI).

PABLO Y SILAS

EN LA CÁRCEL

El Señor Jesús en su ministerio terrenal, preparó durante tres años y medio a sus discípulos y les mandó diciendo: Así que hagan seguidores en todas las naciones. Bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enséñenles a obedecer todo lo que yo les he mandado. Tengan presente que yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo (Mateo 28:19-20). A estos hombres se les llamó apóstoles y después que el Señor fuera llevado al cielo, la iglesia quedó a cargo de los discípulos. Un día la congregación escogió siete hombres para servir las mesas, entre ellos estaba un hombre llamado Esteban, del cual se dice: Esteban, un hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, lleno de gracia y de poder quien hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo; esto causó que Cireneos como alejandrinos y algunos de Cilicia y de Asia, discutieran con Esteban; lo llevaron delante del concilio y él les predicó el evangelio, pero ellos sintiéndose ofendidos, lo lapidaron. Los agresores de Esteban echaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo de Tarso, quien estuvo de acuerdo con la muerte de Esteban. Luego de este suceso, se desató una gran persecución en contra de la iglesia en Jerusalén, debido a esto todos fueron dispersados por las regiones de Judea y Samaria, excepto los apóstoles.

Saulo perseguía a la iglesia entrando de casa en casa, arrastraba a hombres y mujeres echándoles en la cárcel, mas los que habían sido dispersados iban predicando la Palabra (Hechos 8:1-4). Jesús había advertido a sus discípulos sobre esta persecución diciendo: Mirad, yo os envío como ovejas en medio de lobos; por tanto, sed astutos como las serpientes e inocentes como las palomas. Pero cuidaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas; hasta seréis llevados delante de gobernadores y reyes por mi causa, como un testimonio a ellos y a los gentiles (Mateo 10:16-18). Es decir que los que creían en el nombre de Jesús, iban a ser llevados cautivos para predicar y testificar del Señor, aun delante de las esferas políticas de aquella época; en este tiempo a nosotros que creemos en Su nombre, nos corresponde estar alerta y predicar el evangelio en todas las naciones de la tierra; si somos llevados cautivos, no debemos temer, pues nos será dado en aquella hora, lo que vamos a decir por el Espíritu Santo (Marcos 13:9-11). El profeta Isaías dijo refiriéndose a Jesús: Él es un Santuario para los dos reinos de Israel, pero también es piedra donde se tropieza y roca que hace caer. Y será como una red y una trampa para la gente de Jerusalén. Es ahí donde muchos tropezarán, caerán y se quebrarán, quedarán

atrapados y presos (Isaías 8:14-15). Esta profecía se cumplió en el tiempo del Señor, pues Él mismo dijo: Y en ellos se cumple la profecía de Isaías que dice: Al oír oiréis y no entenderéis; y viendo veréis y no percibiréis; porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible y con dificultad oyen con sus oídos; y sus ojos han cerrado, no sea que vean con los ojos y oigan con los oídos y entiendan con el corazón y se conviertan y yo los sane (Mateo 13:14-15). Cristo se convirtió en la roca fundamental que habían desechado los edificadores y fue puesto en el corazón de aquellos que creen en Él, para que no sean turbados con la persecución. Saulo de Tarso, fue educado bajo la tutela de Gamaliel, en estricta conformidad con la Ley, lo que ocasionó que su pensamiento se enclaustrara en la religiosidad, como consecuencia de esto, él persiguió con celo a la iglesia, pensando que estaba haciendo lo correcto, pero a quien él realmente perseguía era a Jesús. Esto nos enseña que Saulo no se daba cuenta de su condición, hasta que se encontró con el Señor en el camino a Damasco, donde le fueron abiertos los ojos; nosotros debemos ser conscientes de nuestra condición, como dice la Palabra: compra oro refinado por el fuego, para que te hagas rico; ropas blancas para que te vistas y te cubras; colirio para que te lo pongas en los ojos y recobres la vista (Apocalipsis 3:18).

Saulo después de haberse encontrado con el Señor quedó ciego y luego que recobró la vista, estuvo con los discípulos que estaban en Damasco y enseguida predicaba en las sinagogas, que Cristo era el Hijo de Dios. Tiempo después Pablo junto a Silas iban en un viaje confirmando a las iglesias en la fe; cuando llegaron a Filipo, en un día de reposo iban al lugar de oración y les salió al encuentro una muchacha esclava, que tenía un espíritu de adivinación, la cual daba grandes ganancias a sus amos adivinando y ella los seguía y gritaba: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os proclaman el camino de salvación; esto lo hizo por muchos días y esto desagradando a Pablo, le dijo al espíritu: ¡Te ordeno en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella! Y salió en aquel mismo momento. Los amos de la esclava vieron que se les había ido su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas y los llevaron ante las autoridades, después de rasgarles la ropa, los azotaron y los encarcelaron; el carcelero los echo en el calabozo interior y les aseguro los pies en el cepo. Como a la media noche Pablo y Silas, oraban y cantaban himnos a Dios y los presos los escuchaban;

de repente se produjo un gran terremoto que hizo que los cimientos de la cárcel fueran sacudidos, al instante se abrieron todas las puertas y las cadenas de todos se soltaron (Hechos 16:12-26). Lo que sucedió con Pablo y Silas fue extraordinario, ya que a donde iban el Espíritu Santo se manifestaba y muchos creían en Jesús. Aunque Pablo y Silas estaban presos, no tenían tristeza o desconsuelo, sino que había mucho gozo en sus corazones, porque aquella mujer que había estado presa, fue liberada por el Espíritu de Dios. Como dice la Biblia: Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad (2 Corintios 3:17). El carcelero se despertó y vio las puertas abiertas de la cárcel, por lo que sacó su espada y se quiso matar, porque pensó que todos habían escapado, pero Pablo gritó: No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí. Entonces el carcelero pidió una luz y temblando se postró ante Pablo y Silas y les preguntó qué debía hacer para ser salvo; a lo que ellos respondieron: Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y toda tu casa. Luego el carcelero los llevó a su casa y les dio de comer y también se regocijó por haber creído en Dios. Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa (Hechos 16:27-34).

La prisión en donde se encontraban los Apóstoles, era una prisión de tinieblas, pero no tenían temor, pues su confianza estaba puesta en el Señor; el carcelero y su familia, también se encontraban en una prisión de tinieblas y cuando él pidió una luz, no solo era luz natural, sino la luz de Cristo que alumbraría toda su casa, como dice la Escritura: Pues el pueblo que andaba en tinieblas ha visto gran luz (Isaías 9:2). Al día siguiente los que habían aprisionado a Pablo y Silas, los mandaron a soltar y el carcelero dijo a Pablo: Los magistrados superiores han dado orden de que se os suelte. Así que, salid ahora e id en paz (Hechos 16:35,36). Debemos notar que el milagro que sucedió aquí, no solo fue la libertad para los apóstoles, sino la libertad de toda una familia. Como podemos ver, el Señor Jesucristo nos ha enviado a hacer discípulos a las naciones de la tierra (Mateo 28:19-20), como dice el profeta Isaías: Poca cosa es que tú seas mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar a los que quedaron de Israel; también te haré luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra (Isaías 49:6). Esto nos muestra que el milagro más grande que puede suceder en la vida de un hombre, es salir de la prisión de las tinieblas para encontrarse con la luz de Cristo.

PEDRO EN LA CÁRCEL

Dice la Escritura que el hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, es decir que el hombre debe poner su confianza solamente en el Señor y no en la voz de la serpiente, pues nosotros tenemos la Biblia, la cual es la palabra profética más segura a la cual debemos poner atención, pues ella es para nosotros como una antorcha que ilumina en un lugar oscuro, hasta que el día despunte (Mateo 4:4; 2 Pedro 1:19). Esto nos enseña que en el día de la penumbra, en el día de la prueba, la gloria del Señor brillará y traerá salvación, como dice el salmista: Este pobre clamó y el Señor le oyó y lo salvó de todas sus angustias. El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen y los rescata. Probad y ved que el Señor es bueno. ¡Cuán bienaventurado es el hombre que en Él se refugia! (Salmos 34:6-8). Con esto queremos decir, que el Señor es nuestro baluarte, nuestro escudo, nuestro refugio y solo Él puede libramos en el día malo. El apóstol Pedro, nos dice que debemos prestar atención a la Palabra profética más segura, pero para él poder aseverar lo que nos aconseja, tuvo que pasar por un camino de continuo aprendizaje y maduración.

Jesús durante su ministerio terrenal, llamó a doce hombres que se convirtieron en sus discípulos y que llegaron a ser conocidos como los apóstoles del Corde-ro, entre ellos se encontraba Simón llamado también Pedro. Un día Jesús estaba a la orilla del lago de Genezaret y las gentes se agolpaban queriendo escuchar la Palabra de Dios; en la orilla del lago estaban dos barcas que estaban lavando sus redes y Jesús se acercó a la barca que le pertenecía a Simón pidiéndole que se retirara un poco de la orilla y al mover la barca Jesús predicó a la gente y al terminar dijo: Sal a la parte más profunda y echen sus redes para pescar. Respondió Simón y dijo: Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada, pero porque tú lo pides, echaré las redes (Lucas 5:4-5). El haber echado las redes por el mandato del Señor, trajo como consecuencia una pesca maravillosa, con la cual hubo necesidad de llamar a otras embarcaciones para que les ayudaran y hasta se rompían las redes. Después de esto, el asombro se había apoderado de Simón y de todos sus compañeros, por la redada de peces que habían hecho; lo mismo les sucedió

también a Jacobo y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón. Y Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora ya no serás pescador de peces, ahora serás pescador de hombres (Lucas 5:9-10). Sin lugar a dudas, la Palabra profética se manifestó de manera extraordinaria en la vida de Pedro, muy similar al caso de Saúl a quien el profeta Samuel, dio las indicaciones de lo que le sucedería al encontrarse con la compañía de profetas, en medio de los cuales profetizó y el Espíritu del Señor lo cambió en otro hombre (1 Samuel cap. 9, 10). En su trayecto con Jesús, Pedro vio manifestarse al Señor aun en medio de su familia, cuenta la Palabra que el Señor llegó a la casa de Pedro y su suegra estaba enferma. Jesús la tomó de la mano y la sanó e inmediatamente ella se levantó y les servía; esto nos muestra que la Palabra profética de Jesús, limpió la genética de su esposa por medio de su madre, pues habría de tener muchos hijos espirituales.

En otra ocasión el Señor dio orden a sus discípulos, entre ellos Pedro, para que se adelantaran a la siguiente ciudad, cuando ya estaban a varios estadios de distancia, se encontraron en medio de una fuerte tormenta y el viento les era contrario, cuando de repente a lo lejos vieron que alguien se acercaba caminando sobre las aguas y pensaron que era un fantasma, de miedo se pusieron a gritar, pero Jesús les dijo: Tened ánimo, soy yo; no temáis. Al escuchar Pedro al Señor, le dijo: Señor, si eres tú, mándame que vaya a ti sobre las aguas. Y Él dijo: Ven; Pedro descendió de la barca y caminó hacia donde estaba el Maestro, pero se distrajo con la fuerza del viento y se hundió. Pedro pidió auxilio al Señor y Él al instante extendió la mano, lo sostuvo y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (Mateo 14:27-31).

Nuevamente la Palabra profética del Señor se manifestó a Pedro y por un breve instante pudo caminar sobre las aguas, pero el perder el enfoque o la visión si usted lo prefiere, trajo como consecuencia su hundimiento, como dice la Escritura: Sin visión profética el pueblo perecerá... (Proverbios 29:18). Conforme pasó el tiempo Pedro fue conociendo y entendiendo el ministerio del Señor; un día se encontraba Jesús con sus discípulos, cerca de la región de Cesarea de Filipo y Él pregunto: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Y ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; y otros, Elías; pero otros, Jeremías o uno de los profetas.

Jesús dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Y Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo también te digo que tú eres Pedro... (Mateo 16:13-18). Si algo nos muestra este extracto de la Escritura, es que el Señor conocía muy bien a su discípulo; Jesús dijo a Pedro: Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no falle; y tú, una vez que hayas regresado, fortalece a tus hermanos. Y Pedro le dijo: Señor, estoy dispuesto a ir contigo tanto a la cárcel como a la muerte (Lucas 22:31-33). Pedro hizo una declaración muy fuerte y como dice la Escritura: Porque conocemos sólo en parte y en parte profetizamos (1 Corintios 13:9).

Pedro profetizó sobre su futuro; en aquel tiempo reinaba Herodes el tetrarca y este tomó presos a muchos de los que pertenecían a la iglesia para matarlos e hizo matar también a Jacobo, el hermano de Juan; este rey vio que era de agrado al pueblo judío la muerte de esta gente e hizo arrestar a Pedro. Fue puesto el apóstol en mano y vigilancia de cuatro piquetes de soldados romanos, con el fin de ser llevado delante del pueblo para matarlo después de la pascua, mientras esto sucedía la iglesia oraba fervientemente por él. El día antes de llevarlo delante del pueblo, aquella noche, el ángel del Señor se apareció delante de Pedro, lo despertó tocando su costado y le dio orden diciendo: Levántate pronto; entonces las cadenas cayeron de sus manos y el ángel le dijo: Vístete y ponte las sandalias, envuélvete en tu manto y sígueme. Pedro siguió al ángel, pero creía que todo era una visión, pasaron por dos de las puertas interiores y llegaron a la puerta de hierro que daba a la calle, salieron de allí y el ángel se apartó de Pedro y en ese momento él dijo: Ahora sé en verdad que el Señor ha enviado a su ángel y me ha rescatado de la mano de Herodes y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos (Hechos 12:1-19). No cabe duda que la vida de Pedro, había sido marcada por la falta de fe, por esto era necesario que él pasara por la prueba, dice la Biblia: ...Porque El no castiga por gusto, ni aflige a los hijos de los hombres (Lamentaciones 3:31-33). Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien (Romanos 8:27-28). Entonces como Pedro, roguemos al Señor y salgamos de la cárcel de la incredulidad.

JUAN EN LA CÁRCEL

Cuando Jesús empezó su ministerio terrenal, la Biblia nos relata que predicaba en distintas localidades de Galilea, siendo uno de sus lugares más frecuentados, el mar de Genesaret. Lucas menciona que, en aquellos días, Jesús vio dos barcas que estaban en la orilla del lago y subiendo a una de ellas, enseñaba a las multitudes. Una de las barcas era de Simón, a quien cuando terminó de predicar, le dijo: Echa las redes en la parte más profunda; los experimentados pescadores habían estado trabajando toda la noche y no habían pescado nada, pero a pedido del Maestro, consintieron en hacerlo y encerraron una gran cantidad de peces. Al ver que las redes se rompían, hicieron señas por ayuda a sus compañeros que estaban en la otra barca, llenándose así ambas barcas. Al ver esto Simón Pedro cayó a los pies del Señor; Jacobo y Juan hijos de Zebedeo, quienes eran socios de Simón, asombrados por lo que había sucedido, dejaron todo y siguieron a Jesús (Lucas Cap.6). Esta es la primera mención que se hace en las Escrituras, de aquel que llegaría a ser uno de los apóstoles más cercanos al Señor, tanto es así que en la última cena el discípulo que Jesús amaba, según dice Juan de sí mismo, estaba recostado a la mesa junto al pecho de Jesús (Juan 13:23).

El Señor tomó consigo a Pedro, Jacobo y Juan cuando los llevó a un monte alto donde se transfiguró delante de ellos (Mateo 17); de igual forma cuando un oficial de la sinagoga llamado Jairo, rogó a Jesús que fuera a su casa porque su única hija estaba al borde de la muerte; el relato evangélico continúa diciendo que, cuando el Señor entró a la casa llevaba consigo a Pedro, Juan y Jacobo y no permitió que nadie más, a excepción de los padres de la niña entraran a la casa. Cuando tomó la mano de la niña, que para entonces había muerto, le dijo: ¡Niña, levántate! Y al instante le volvió su espíritu, se levantó y el Señor mandó que le dieran de comer (Lucas 8). Tal era el aprecio y confianza que el Maestro tenía por el apóstol Juan, que estando en el madero vio a su madre y al discípulo a quien amaba y dijo a su madre: ¡Mujer, he ahí tu hijo! Después dijo al discípulo: ¡He ahí tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su propia casa (Juan 19:25-27), la tradición dice que cuando Juan era anciano, fue a vivir a Éfeso donde murió a edad avanzada, aunque no todos coinciden con esto, pues el Señor dijo que no vería muerte, para otros, fue llevado al cielo en vida, pues vendrá a profetizar los siete truenos

(Juan 21:22,23 y Apocalipsis 10:1-11). El nombre del apóstol Juan proviene del hebreo Yôjânân o Yehôjânân, que significa el Señor es misericordioso, bondadoso, benigno y del griego de IÇánnis, o de la variante IÇnás, Jonás, donde tiene la connotación de gracia o don. El Señor le dio a Simón, el nombre de Pedro y a Jacobo y Juan les dio el apelativo de Boanerges, que significa hijos del trueno, debido a su carácter impulsivo y explosivo (Marcos 3:17). Lucas nos relata que un día, Juan le dijo al Maestro: Vimos a uno echando fuera demonios en tu nombre y tratamos de impedirselo porque no anda con nosotros. Pero Jesús le dijo: No se lo impidas; porque el que no está contra ustedes, está con ustedes (Lucas 9:49,50). En otra oportunidad cuando el Señor envió mensajeros a una aldea de los samaritanos, para hacer preparativos para su llegada, no le recibieron, porque sabían que había determinado ir a Jerusalén; al ver esto Jacobo y Juan, dijeron al Señor ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma? Pero Él, volviéndose, los reprendió y dijo: Ustedes no saben de qué espíritu son, porque el Hijo del Hombre no ha venido para destruir las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea (Lucas 9:51-56). Al apóstol Juan se le considera de acuerdo con la tradición cristiana, como el autor del cuarto evangelio, de las tres epístolas juaninas y del Apocalipsis, aunque no todos coinciden en este punto, podemos ver que hay indicios suficientes en los escritos para descubrir en todos ellos la pluma del apóstol.

Si el símbolo tetramorfo del evangelio de Mateo es el león, el de Marcos es el buey y el de Lucas es el hombre, el de Juan es el águila, pues nos presenta un evangelio más abstracto y de mayor profundidad teológica; en su génesis nos muestra a un Cristo eterno, manifiesta un Verbo ya preexistente, que estaba con Dios y era Dios. En Apocalipsis Juan ve al León de la tribu de Judá, la Raíz de David, el Vencedor, digno de abrir el libro y sus siete sellos, pero también lo ve como el Cordero que fue inmolado, digno de recibir, el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza (Apocalipsis 5:5-12). Cierta día Pedro y Juan subieron al templo y había un hombre cojo de nacimiento en la puerta de la Hermosa pidiendo limosna, Pedro le dijo: ¡Míranos! Y cuando los vio, Pedro dijo: No tengo plata ni oro, mas lo que tengo, te doy; en el nombre de Jesucristo el Nazareno, ¡anda! Al instante sus pies cobraron fuerza y el

pueblo alababa a Dios. Los sacerdotes, el capitán de la guardia del templo y los saduceos, indignados porque enseñaban al pueblo en el nombre de Jesús, los pusieron en la cárcel, luego de interrogarlos y al ver la confianza con la que Pedro y Juan hablaban y al ver a su lado al hombre que había sido sanado, los amenazaron para que no hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús. La persecución siguió aumentando y en tiempo del rey Herodes, se echó mano a algunos que pertenecían a la iglesia para matarlos, entre los que estaba Jacobo, hermano de Juan (Hechos cap. 3,4,12). Se dice que por el año 97 d.C. el emperador Domiciano desterró a Juan, por la predicación de la Palabra de Dios, a una isla llamada Patmos, situada en el Mediterráneo, entre Asia menor y Grecia. En aquel lugar, Juan quedó totalmente aislado de los hombres, pero no de Dios, durante este tiempo, el Señor se le reveló y le mostró visiones gloriosas. La palabra apocalipsis, viene del griego apocalupsis, que significa quitar el velo, descubierto, destapado. Juan nos dice que Dios le dio la revelación de Jesucristo, enviándola por medio de su ángel para que diera testimonio de la palabra de Dios, de Jesucristo y de todo lo que vio; esta forma de revelación, tiene relación con la de profetas como Ezequiel y Daniel (Apocalipsis 1:1,2).

El apocalipsis declara en siete ocasiones bienaventuranza para el que lee, oye y pone por obra las palabras del libro (Apocalipsis 1:3;14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7, 14). No es un libro que señala hechos cronológicamente establecidos, sino que es un documento simbólico y alegórico, que tiene que ver con temas escatológicos, es decir cosas que sucederán al fin de los tiempos, tales como el anticristo, la gran tribulación, el rapto de la iglesia y el reino milenial de Cristo en la tierra. Tiene también un carácter epistolar, pues contiene las cartas dirigidas a las siete iglesias de Asia menor. Cuando el emperador Domiciano murió en el año 99 d.C., Nerva, quien reinaba en su lugar, dio la orden de libertad a Juan, quien regresó a Éfeso. El libro de Apocalipsis, no tiene ese mensaje de sombrío pesimismo y destrucción que el mundo ha querido transmitir, es un mensaje de esperanza para todos aquellos, que están esperando ansiosamente la venida del Señor. Juan termina el relato de la revelación de Jesucristo diciendo: Y el Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que desea, que tome gratuitamente del agua de la vida (Apocalipsis 22:17).



**HE AQUÍ, YO LES TRAERÉ SALUD Y SANIDAD;
LOS SANARÉ Y LES REVELARÉ
ABUNDANCIA DE PAZ Y DE VERDAD.
JEREMÍAS 33:6**

**MIENTRAS PASA
LA TORMENTA,
ESCUCHA
NUESTRA
PROGRAMACIÓN.**



Radio online
EL FARO
Llevando Luz a las Naciones